

poco antes de espirar, el espectáculo de un nuevo mundo; y el que le siguió inmediatamente no apartaba la vista de las regiones descubiertas por el númen de Colon. Este período de actividad sin ejemplo, fecundo en conquistas y prodigios, que dió nuevo ser á los pueblos europeos aguijoneándolos para acometer las empresas mas osadas; este período que vió nacer y realizarse las mas locas esperanzas y los proyectos al parecer mas absurdos, que hizo surcar los mares poco antes desconocidos á las naves de los hijos de Jafet, ávidos de contemplar el suelo americano, atlántide que renacia de entre las olas, paraíso reconquistado que volvía á brindar con sus delicias; este período fué en el que tuvo la buena suerte de vivir nuestro héroe. ¿Podía permanecer indiferente en medio de esta animacion portentosa, de esta superabundancia de vida que rebosaba de un continente para precipitarse en otro continente? De ninguna manera.

Su alma noble sentía un abismo inmenso que no acertaba á llenar la meditacion. Salvando á menudo el ámbito estrecho de la gruta, se trasladaba á un mundo lejano donde aires mas puros le adormecian suavemente, apagando el intenso ardor que sin cesar la devoraba. El jóven habia perdido la paz que con tanto anhelo buscó en la soledad. De tarde, cuando subía al punto mas elevado de la isla para orar á la luz del sol poniente, ya no le ofrecia atractivo ni el Vesubio con su diadema de llamas, ni la ciudad reclinada en la ribera sobre un tapiz de verdura, ni las islas vaporosas que asoman entre las olas del golfo como ninfas que se bañan; fijábanse sus ojos en el Occidente, siguiendo hasta su término la superficie luminosa del océano, y una vez oculto el sol, parecía que le llamaba desde el seno del crepúsculo una voz misteriosa y divina.

No pudo resistir mucho tiempo á esta voz, y ella le hizo comprender su verdadero destino. Abandona la isla y vuelve á Salamanca. Determinado ya á tomar el hábito de Santo Domingo, entra al convento de San Estéban, donde Arconada le recibe con aquella exaltacion de júbilo y ternura que solo comprenden dos amigos que han dejado de verse por muchos años. Mas no pasan dos sin que se separen de nuevo para no volver á juntarse en el mundo. El P. Betanzos se embarca para la Española, y desde este instante presenta una nueva fase su existencia.

## IV.

## CONTINUACION.

Es imposible dejar de admirar mas y mas cada dia los buenos efectos que produce el consorcio del cristianismo y la ciencia, especialmente en la vida práctica. Cuando se reflexiona en la conducta depravada de los conquistadores españoles, y en el teson con que los primeros misioneros se oponian al maltrato y vejaciones de que los indios eran objeto, queda el ánimo absorto al palpar la diferencia entre el carácter de unos y otros. Cualquiera pensaria que imbuidos en unas mismas creencias, vástagos de una misma raza, educados en la misma patria, bajo la influencia de idénticas costumbres, y partícipes de los beneficios de una misma civilizacion, todos tendrian iguales miras y se enderezarian á ellas por un mismo camino.

No era así ciertamente. Mientras el fraile aspiraba á conquistar almas para el cielo, sentíase el soldado inquieto con la pesadilla de los metales preciosos; cuando el primero creia ver en los ritos y en algunos objetos de la idolatría de los americanos, semejanzas con el sistema religioso del antiguo mundo, rebosaba de alegría el compañero de Cortés al columbrar la ciudad de Cempoala, cuyos edificios al reflejar los primeros rayos del sol, le parecian de plata.

Consecuentes ambos con su idea favorita, procuraban realizarla cada cual á su modo, y en el trato con los naturales los separaba una distancia inmensa. El uno veia en ellos á los niños del Evangelio, á quienes era preciso atraer por medio de la caridad y la enseñanza á una creencia mas pura; el otro los consideraba en su codicia únicamente como séres esplotables: aquel los amaestraba á un tiempo en las prácticas religiosas y en las artes que hacen la vida menos desgraciada, y este los reducía á esclavitud y los obligaba á trabajar como bestias, para centuplicar los productos de sus heredades.



Y esta diferencia nacia de que el rudo aventurero no atesoraba mas ciencia que la de destruir, ni sentia otro estímulo que el de pasiones de baja ley, mientras el varon apostólico ilustrado con las adquisiciones científicas de la época, comprendia el verdadero espíritu del cristianismo y encaminaba todos sus esfuerzos á difundirlo entre sus semejantes. De esta manera la propagacion de la fe, que para el uno era nada mas que un pretexto, en el otro era la realidad de sus proyectos filantrópicos, el pensamiento continuo y esclusivo que absorbia toda su existencia.

La suya consagró el P. Betanzos á tan santa causa. En la Española le contemplamos entregado á la sublime tarea de la predicacion y de la conversion de los indios á la vida civil, no menos que á la defensa de los mas caros intereses del hombre, cuales son la existencia y la libertad. "No trabajò menos el santo en plantar la fe en los indios, que en reformar el desórden de muchos españoles. Es lástima aun ahora acordarnos de las crueldades y fierezas que nuestros españoles usaron, en particular en aquella isla y su comarca en los pobres indios" Así se espresa á este respecto el P. Fr. Agustin Dávila Padilla; y en otro lugar de su crónica añade: "Bien se ha parecido por los efectos cuán maltratados han sido aquellos indios, pues ha quedado ya su tierra despoblada con haber sido tan famosa. Todo se acabó y despobló por el rigor y crueldad de algunos capitanes y soldados, que interpretando siniestramente las justas leyes de los reyes católicos, llamaban promulgacion pacífica su violenta demanda de oro; y el no dársela llamaban resistencia á la promulgacion del Evangelio, y con esto los destruian."

Hácia este tiempo todavía se usaban los *repartimientos* ó *encomiendas*, especie de servidumbre contra la que tanto combatió el ilustre Las Casas. Del cronista ya citado tomamos este dato sobre una de las ocupaciones á que solian los encomenderos dedicar á los infelices que les estaban sujetos. "Enviaban (dice) á los indios á que buscasen oro en los rios, y á las indias á que cultivasen las tierras en sus propias granjas y sembrados, sin darles de comer, mas que una libranza en las yerbas y raíces del campo, y sin mas paga que un ordinario disgusto de sus trabajos, pareciéndoles á los amos poco lo hecho, respecto de lo que los hambrientos de riquezas deseaban."

Betanzos reprendia enérgicamente á los autores de tales excesos. Es un consuelo para el que medita ante el sangriento y

lóbrego espectáculo de la historia, hallar casi siempre al lado de los opresores quien abogue por las víctimas. Si la defensa no surte el efecto apetecido, si en la lucha con la maldad es derrotada, no por eso alcanza menos prez; su gloria reside no precisamente en el triunfo, sino en la proclamacion de la justicia ante la violencia, en la protesta incesante y audaz de la libertad ante la tiranía!

Tal fué el noble papel que desempeñò Fr. Domingo durante su residencia en la Española, hasta que movido por las instancias del P. Fr. Tomás Ortiz, y ansioso de nuevas conquistas, se vino con él á Méjico.

Ya dijimos lo bastante acerca de esta peregrinacion, de las circunstancias que la acompañaron, y de su término final que fué el establecimiento de la órden dominicana en esta capital, de donde se estendiò por toda la entonces Nueva-España. Réstanos seguir los pasos de nuestro escelente fraile despues de la fundacion.

Inútil parece advertir que su conducta en el nuevo teatro á que le llamó la Providencia no desdijo en nada de la que habia observado en la Española, señaladamente con respecto á los indios.

En efecto, él fué su constante patrono, y abogó siempre porque se les tratase con los miramientos debidos á su dignidad de hombres. Con este objeto, y para dar una leccion severa á los que medraban con el trabajo y vida de los infelices naturales, desechó siendo prior de este convento la propuesta del gobernador Alonso de Estrada, que tenia comision del emperador para dar pueblos en encomienda, sobre que los de Cuiclahuac, Mexiquic, Zumpango y Xaltocan, que están fundados en la laguna, tributasen al convento de Santo Domingo, en pescado fresco, lo que habian de tributar en dinero y maíz á otro encomendero.

En esta repulsa no solo tuvo por mira el bienestar de los mejicanos, sino la santidad de costumbres de los regulares, á quienes quiso mantener en el estado de pobreza evangélica que profesaban. Por esta misma causa rehusó siempre admitir rentas y tener haciendas, aunque con importunos ruegos le ofrecian los ciudadanos de Méjico grande cantidad de dinero y posesiones.

Parecióle mas conforme al espíritu de su instituto vivir de mendicidad; y consecuente con esta idea enviaba diariamente á sus frailes por las calles de dos en dos con árguenas al hombro,



que pidiesen la comida **por** amor de Dios. Si alguno de estos buenos religiosos, salvando los umbrales de la muerte, apareciese hoy en medio de nosotros, ¿qué pensaría de nuestras contiendas por unos bienes que vieron ellos con tanto desprecio y aun aversión?

Pero no solo estableció que en comun careciese de propios toda la provincia, sino que en particular cada fraile fuese muy pobre: “vestíanse, como afirma el cronista ya citado, de una jerga gruesa que se hacia entonces. Era el sayal muy tosco y las ropas cortas y angostas, **por** el orden que mandan las constituciones. La túnica era una ropa á raiz de las carnes, y luego el hábito llamado saya, y escapulario y capilla de lo mismo.”

Todos, aun los preladados, caminaban á pié, y no habia escepcion de esta regla ni tratándose de largas distancias, como de Méjico á Tehuantepec. Seria verdaderamente pasmoso ver á un anciano como Fr. Domingo, atravesar las ásperas serranías de Oajaca y Chiapas para ir á fundar su orden á Guatemala: al volver á la capital encontró en el camino á Pedro de Alvarado, que ya sincerado en la corte de los cargos que contra él pesaban, regresaba con gran pompa y acompañamiento á Guatemala como gobernador y capitán general de aquellas provincias. ¡Singular contraste el de aquellos dos hombres, uno de los cuales viajaba con un séquito regio, mientras el otro no llevaba consigo mas recursos para subsistir que la pobreza, ni mas compañeros que su báculo y su breviario!

Antes de pasar á bosquejar los progresos ulteriores de la orden de Santo Domingo en nuestro país, no conviene apartarnos de los primeros años de su fundacion sin referir dos casos que patentizan la benéfica influencia que ejercian los frailes en aquella época. Corresponde el primero al orden público. Dejemos hablar al P. Fr. Antonio de Remesal.

“En los primeros dias del gobierno de Alonso de Estrada, hubo ciertas palabras entre Diego de Figueroa, vecino de Méjico, y Cristóbal Cortejo, criado de D. Fernando Cortés, que salió herido de la pendencia, y sin darle lugar á que se curase, en término de una hora, sin acusacion de parte, se hizo Estrada fiscal y juez, y le sentenció á cortar la mano izquierda, sin oírle ni admitirle apelacion. Y al escribano que le notificó la sentencia, por harto liviana ocasion, maltrató de palabra y obra.

“Cortada la mano á Cortejo, le mandó volver á la cárcel, por-

que juntamente le sentenció á destierro de toda la Nueva-España, para hacerle cumplir el dia siguiente esta segunda pena. Temíase este colérico gobernador, de que D. Fernando Cortés, que habia sentido, como era razon, la desgracia de su criado, procurándola vengar, ya que no la podia deshacer, se volviese contra él. Y tomó á censo otra inconsideracion, y envió á notificar á D. Fernando Cortés, que se saliese de la ciudad, y que so pena de la vida no quebrantase el destierro. Abrasóse Méjico con este decreto, y acudió toda la ciudad á D. Fernando, ofreciéndose á impedir su salida, con todo el daño posible de quien la mandaba hacer. Pero mientras mas gente acudia á casa de Cortés con este intento, él se daba mas prisa á aprestarse para cumplir su destierro: cosa que se tuvo por ejemplo digno de inmortal alabanza de D. Fernando Cortés, y de su gran valor, prudencia, y respeto á los ministros del rey, porque estuvo en su mano usar con Alonso de Estrada, el término que habia usado con él, y peor que el que ejercitó con su criado Cristóbal Cortejo.”

A este estremo habian llegado las cosas, cuando nuestros frailes se presentan por primera vez en la capital. Hállanla dividida en dos bandos; pero en lugar de entrar á las filas de alguno y atizar la discordia, deploran esta desgracia como una horrible calamidad, y emplean todos los recursos que les ministraban su ingenio y su sagrado carácter, en conjurarla ó por lo menos aplicarle algun remedio. “Rogaban á unos, suplicaban á otros, poníanse de rodillas á los piés de quien querian persuadir dejase el enojo contra su prójimo, y si era menester, sacaban del corazon lágrimas vivas, testimonio de su gran caridad, para mover á mas compasion de los daños que de no se hacer lo que pedian se podian seguir. Ejercitáronse en esto muchos dias hasta dar fin á la guerra civil que se trazaba por el destierro de D. Fernando Cortés el P. Fr. Tomás Ortiz y el P. Fr. Domingo de Betanzos, que de todos sus compañeros eran los que mas salud tenian. Y por orden suya, para confirmacion de las paces, D. Fernando Cortés sacó de pila á un hijo de Alonso de Estrada, que le nació estos dias: y tratándose de allí adelante los dos gobernadores de compadres (parentesco de grande union en aquellos tiempos, y no poco celebrado en estos) nunca jamás tuvieron diferencia alguna.” ¿Qué no hayan vivido en nuestros dias al-



gunos eclesiásticos de esta especie! ¡Cuánto menores serian los males que tuviéramos que deplorar! . . .

El segundo de los casos á que nos referimos mira al orden privado, y es una escena de costumbres.

En la casa del marqués del Valle, que comprendia varias de las que dan frente á la plazuela del Empedradillo, están reunidos algunos amigos de aquel con ánimo de divertirse. Propone uno jugar, por via de pasatiempo, y queriendo que al pensamiento corresponda luego la ejecucion, arroja sobre una mesa los naipes que ya traia consigo. Opónese el marqués con otros de los concurrentes, haciendo memoria de los rayos lanzados desde el púlpito por el padre Betanzos contra los excesos del juego: hay sesudas observaciones de parte de unos, y clamores y acaloramamiento de parte de otros; mas al fin prevalece la idea de los que deseaban jugar.

Siéntanse todos al rededor de la mesa, y en breve no se oye mas ruido que el de los naipes al escapar de manos del banquero, y el del oro que circula con profusion.

Todos los rostros están desencajados, las miradas fijas en un centro comun, las respiraciones fatigosas ó contenidas: no se hace uso de la palabra sino para espresar el gozo por el acierto, ó prorumpir en desalmados juramentos por la derrota.

Entre tanto el cielo se ennegrece: es de tarde y empieza á faltar la luz. Invade el cenit una nube inmensa agitando sus desiguales partes como los negros miembros de un monstruo: fulmina, truena, y vomita de su seno un aguacero tan copioso, que amenaza á la ciudad con un naevo diluvio.

Los habitantes están consternados: muchos, en medio de su turbacion, publican á voces sus culpas. El agua que inunda las calles se introduce con estrépito en las casas bajas.

Entre tanto, los jugadores siguen impassibles en su malaventurado entretenimiento: todos parecen ceder á una fascinacion diabólica. A la luz del sol que los envolvía en una claridad apacible, ha sucedido la artificial que derrama una bujía colocada en la mesa, y que alumbra sus semblantes pálidos y descompuestos con siniestro resplandor.

De súbito el edificio todo se estremece, cruje el techo, y un rayo que cae á plomo sobre la mesa, la hace astillas. . . .

En medio de la oscuridad, humo y polvo que siguieron á este instante indefinible, apenas se logra ver á los actores de la



escena, helados de espanto, con los ojos fuera de las órbitas y tendidos en el suelo.

—¡Castigo del cielo!

—¡Favor! favor!

—¡Dios mio, piedad!

Tales son las únicas palabras que se oyen en la sala luego que empieza á renacer la serenidad en aquellos ánimos conturbados. . . .

El día siguiente amaneció tranquilo y alegre: asomó la auro-  
ra por el horizonte, pura y divina, como una sonrisa de la natura-  
leza.

Todavía las calles estaban en parte inundadas y en parte  
cubiertas de cieno; pero en las acequias que atravesaban la ciu-  
dad, la agua espejeaba, y de trecho en trecho ofrecía á la vista el  
animado cuadro de las canoas y las chalupas cargadas de verdura  
y flores.

Una brisa sutil, enriquecida con los perfumes de los jardines  
y bosques del valle, acariciaba los sentidos como una emanacion  
del paraíso.

Los habitantes de la capital, formando corrillos, no hablaban de  
otra cosa sino de la tempestad pasada, y del suceso lastimoso que  
tan fatal pudo haber sido á Cortés y sus amigos. Alegrában-  
se, sin embargo, al saber que ninguno habia padecido grave da-  
ño. Y como todas las impresiones se borran pronto del corazón,  
desvanecido el temor de la víspera, volvian á su puesto la tran-  
quilidad y la confianza.

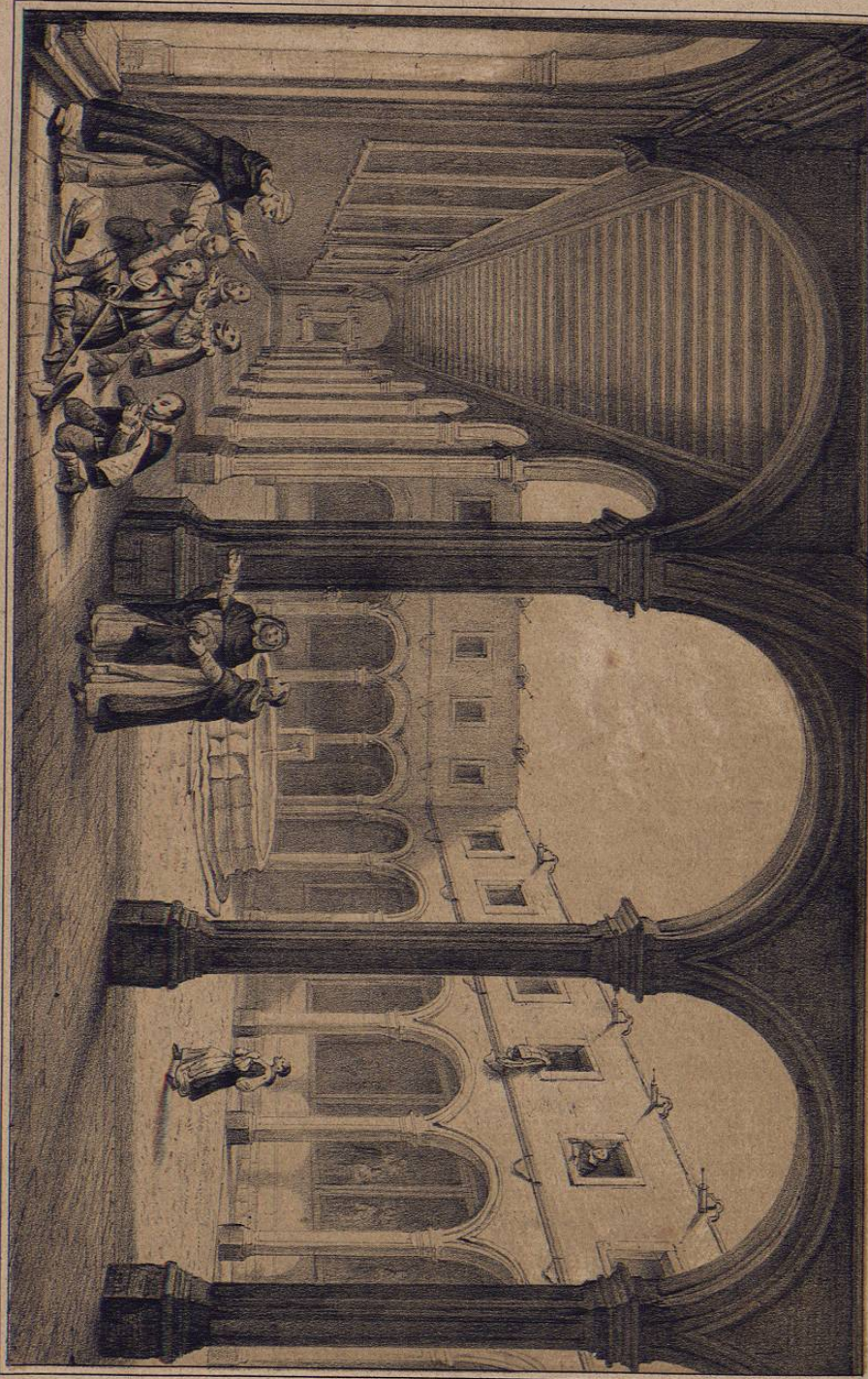
Pero mientras los pacíficos vecinos se entregaban sin zozobra  
á las delicias del presente, ocurría en el convento de Santo  
Domingo algo que llamaba la atencion.

Arrodillados ante un fraile se veían en el claustro algunos ca-  
balleros engalados con primor.

Era el fraile un anciano pobremente vestido, pero de un ro-  
stro venerable en que asomaba la limpieza de corazón; uno de  
esos rostros modestos y animados á un tiempo, que como el de  
algunos bienaventurados que admiró el Dante, insinuan la cari-  
dad, *visi a carità suadi*.

Los caballeros inclinan la frente y clavan los ojos en el suelo,  
atreviéndose apenas á desplegar los labios.

Rodeado de ellos el anciano permanece en pie, con los brazos  
cruzados, mirándolos con amor.



PATIO INTERIOR DE S.<sup>to</sup> DOMINGO DE MÉXICO.



Tras algunos instantes de silencio, uno de los caballeros, el que entre todos parece de mas autoridad, toma la palabra para manifestar que vienen con objeto de confesar una falta y pedir á Dios perdon. Entregáronse al juego el dia anterior: profirieron varios juramentos; se olvidaron del cielo; pero el cielo tronó contra ellos, desató uno de sus rayos, y este rayo antes fué de misericordia que de ira, porque solo sirvió para hacerles conocer su error y encaminarlos al arrepentimiento. Ruegan por lo mismo al anciano que implore por ellos la divina clemencia.

Este anciano era Fr. Domingo de Betanzos.

---

V.

NO SON HOMBRES LOS INDIOS.

Tal es el prestigio saludable de que rodean al hombre las sólidas virtudes. Pero nuestro apóstol no se aprovechaba del suyo sino para bien de sus semejantes, y especialmente de los oprimidos, los desdichados indios, cuyos padecimientos aliviaba siempre que estaba en su mano. Aunque ageno á la política por razon del ejercicio de su ministerio, no lo estaba á la compasion que escitan las miserias de la especie humana cuando son causadas por los errores ó la mala fe de los que tienen en su poder la felicidad ó desgracia, la vida ó la muerte de los hombres. Entre el partido del tirano y el del siervo no era dudosa su eleccion.

Mas de una vez tuvo ocasion de demostrarlo; pero ninguna con mas veras que cuando cegados los encomenderos por su sórdida codicia, no solo vejaban á los indios, sino que para hacerlo á mansalva y establecer la servidumbre sobre inalterables bases, llegaron á idear la mayor ofensa con que podian zaherirlos, negándoles la racionalidad. "No son hombres los indios, se

oyó decir por todas partes; apliquémoslos al trabajo con dureza, y si perecen abrumados bajo el yugo, al fin son béstias."

El buen sacerdote quedó mudo de estupor al escuchar tales palabras que envuelven un concepto tan injurioso á la dignidad humana. Escandalizado de que hombres que blasonaban de cristianos las profiriesen y divulgasen, sintió conmovido su corazon de una manera estraña; y ardiendo en un celo de que solo es capaz el hombre en los mas floridos años de su vida; por la honra de la religion que ha proclamado el santo dogma de la unidad de nuestra especie, por la honra del nombre español comprometido ante el tribunal inapelable de la historia y la filosofía, resolvió oponerse con todas sus fuerzas, con la omnipotencia de la virtud y la palabra, á la adopcion y propagacion de tan absurda y sacrílega doctrina.

Y consiguió su objeto.

Empuñaba á la sazón las riendas del gobierno de esta provincia. La influencia que le daba el puesto acrecentaba la que ya antes ejercia por sus demas merecimientos. Siendo esto así, ni habia dificultades que no desatara su ingenio, ni estorbos que su caridad no removiera; y apadrinando la causa de los mejicanos como si fuera propia, lo que en favor de ellos no conseguia en el púlpito, lo intentaba en las conversaciones privadas con los encomenderos, interponiendo la mediacion de sus comunes amigos, patentizando el error con argumentos vigorosos y avasallando por fin las voluntades.

Hizo mas.

Persuadido de que una declaracion de la Santa Sede sobre este particular seria decisiva, envió á Roma á solicitarla al P. Fr. Bernardino de Minaya, varon docto é infatigable en las tareas apostólicas. Sus instrucciones se redujeron á pedir *declaracion de que los indios son hombres y capaces de sacramentos*.

Minaya apresuró su viaje, y sin detenerse mas de lo preciso en los puntos de su tránsito, llegó á Roma y obtuvo de Paulo III, sin tropezar con el menor inconveniente, lo que pretendia.

Consta la declaracion de S. S. en una bula, que por no ser conocida de todos nuestros compatriotas, nos parece que no será mal vista en este lugar. Por ella se vendrá en conocimiento que si algunos papas comprometieron su dignidad por la ambicion y aun la codicia; si el gobierno temporal y los cuidados que exige les hicieron no pocas veces perder algunos palmos en la